

oir acentos poéticos de un género nuevo en las comarcas civilizadas de la India; partían de la boca de hombres de todas clases y de todas profesiones, y con sorpresa les escuchaba la multitud, no acostumbrada más que a los cantos líricos y litúrgicos del *Veda* y a las narraciones heroicas de la epopeya naciente.

«¿Qué son esas bellas poesías que cantáis?» Y el héroe de una leyenda famosa respondía, como lo hizo un día Purna: «¡No son poesías; son las propias palabras de Buda!» Así respondían hombres graves y pensativos, vestidos pobremente, que acababan de leer en alta voz «los himnos y las oraciones que conducen a la otra vida», o mercaderes que recitaban estancias y preceptos relativos a los intereses temporales. Al oír el nombre de Buda, muchos preguntaban quién era ese personaje, y se dirigían a conocerle en los lugares ya célebres donde enseñaba».

Buda atacaba ante todo el vago deísmo brahmánico; no admitía dios personal ni substancia divina; únicamente conservaba del brahmanismo un solo dogma, el de la transmigración de las almas o manas, que vino a ser como la base de su doctrina. Comparaba el mundo a una rueda que gira sobre sí misma, y la evolución humana a un movimiento desarrollado en espiral.

El hombre, según Buda, sólo vive para morir, y no muere sino para renacer, porque en esas existencias sucesivas expía faltas anteriores y se purifica para las vidas posteriores. Su existencia no es más que un círculo indefinido de males y dolores.

«¡Oh, qué desgracia!—dice Buda a la juventud que ha de ser destruída por la vejez—. ¡Oh, qué desgracia!—a la salud amenazada por tantas enfermedades. ¡Oh, qué desgracia! a la vida en que el hombre queda tan pocos días. La juventud, la salud y la vida son como el juego de un sueño. Yo traigo a los hombres y a los dioses la ley que ha de librarles de tantos males. Después de haber alcanzado la inteligencia suprema, reuniré los se-

res vivientes, y retirándoles del océano de la creación, los estableceré en la tierra de la paciencia. Fuera de los pensamientos, nacidos de la perturbación de los sentidos, los estableceré en el reposo. Haciendo ver la claridad de la Ley a las criaturas oscurecidas por las tinieblas de una ignorancia profunda, les daré el ojo que ve claramente las cosas; les daré el hermoso rayo de la pura sabiduría, el *ojo* de la Ley, sin mancha y sin corrupción».

Como se ve, la nada es el objeto de la actividad del ser y del esfuerzo moral. A ese anonadamiento tan envidiable se llega por el ascetismo, el celibato, la humildad y la resignación completa; también por la caridad animalitaria, evitando sufrimientos a los animales, hasta los dañinos; devolviendo a su elemento los peces pescados; practicando, en una palabra, «la gran mansedumbre, la gran conmiseración, la gran indiferencia».

—Pero—dice Buda a su discípulo Purna, que quería ir a propagar la moral nueva a un país bárbaro—los hombres de esa región donde quieres fijar tu residencia son impulsivos, coléricos, furiosos, crueles, insolentes. Si te oponen palabras malas y groseras, si se encolerizan contra tí, ¿qué pensarás?

—Si me oponen palabras insolentes y groseras, he aquí lo que pensaré: Ciertamente son buenos esos hombres que me oponen palabras malas, pero que no me pegan con sus manos ni me apedrean.

—¿Pero qué pensarías si te pegasen con sus manos y te apedrearán?

—Pensaría que son hombres buenos, hombres dulces, que me pegan con sus manos y me apedrean, pero que no me pegan con palo ni con espada.

—¿Pero y si te pegan con palo y espada?

—Son hombres buenos, son hombres dulces, que me pegan con palo y espada, pero no me privan completamente de la vida.

—¿Pero y si te privan completamente de la vida?